

Al día siguiente volvía Julia de Nápoles, y todo cambiaba de aspecto. ¡Cuán vanos son los designios de los hombres! ¡Y cuán poco se conocen éstos recíprocamente!

XXXII

LOS VENDEDORES DE BIBLIAS Y DE LIBROS.

No es fácil decir hasta qué punto quedó turbada la Needle por el terrible accidente ocurrido á sir Roberto. No podía tranquilizarse. Afligíase por su compasión grandemente, y más por la circunstancia de haber causado la desventura, iuvitándole al coliseo.—¡Quién sabe las consecuencias que puede traer consigo su caída! ¡A su edad! Podría sobrevenir la muerte, amargando mi vida de una manera inconsolable. ¡Qué noche tan desventurada! Todo me ha salido de la manera peor. . . . ¡Qué

necesidad había de ir al teatro, y arrastrarle á él tan de repente?... Mañana sabré si el mal es grande ó pequeño. .; el corazón me anuncia que aquel pobre viejo ha recibido el golpe de gracia, y por mi terquedad... ¡Oh! A estar Julia, no hubiera sucedido eso ciertamente; nos hubiera dado un poco de música en el salón, yéndonos á dormir luego con tranquilidad como unos benditos. Por fortuna volverá mañana por la noche.—

A las primeras horas del día siguiente envió mistress Needle á John para informarse del estado de sir Roberto. Le dijo, por vía de instrucción, que le participase su inmenso dolor y el de la familia por el fiero caso sucedido, que inquiriese por Smith y por los criados las condiciones de la lesión, y que anunciase la visita de su madre antes del mediodía.

Apenas hubo salido el joven, no pudo dominar su corazón piadoso; se metió en un coche y fué á ver al enfermo. Su hijo había llegado entonces precisamente, y entreteníase en la antecámara esperando que los médicos saliesen de la habitación del doliente, donde estaban hacía mucho rato reunidos en consulta. No bien salieron, la Needle y su hijo les preguntaron ansiosa-

mente. Respondió el doctor, ordinario facultativo de Smith, que la lesión en sí no era grave, por consistir en una leve rozadura en la rótula; pero que agravarse podía por haberse abierto nuevamente al caer una vieja herida debajo de la tetilla derecha; añadió que se quejaba, por añadidura, el anciano de un pequeño dolor en el pescuezo, cuya causa difícilmente se podía inferir, y que aclararíase más tarde si había ó no peligro.

—Por tales noticias la piadosa dama entró á ver á sir Roberto, desolada y compungida. Recibióla de una manera completamente inesperada. El valiente Smith, echado en su sillón (no se halló forma para persuadirle de que se debía meter en la cama), y con la sonrisa en los labios, rompió en la boca de la doliente visitadora las palabras de conmiseración, asegurando que su mal era cosa de nada, y que así lo habían reconocido los doctores, por lo que hablar no debían de él poco ni mucho. Para suscitar una conversación diversa de la que mistress Needle intentaría naturalmente promover:—Mirad aquí, la dijo, y ved si nuestra gente no conjura para que no podamos poner nunca los pies en Italia.—Al decir esto, suspendió con su mano

un paquete de folletos y libros que tenía sobre su escritorio.

John lo miró, y dijo, metiéndose en la conversación:—Los conozco: también he recibido yo mi parte. He visto en Florencia cómo ciertos bribones los distribuyen por entregas, por tomos y por banastas: van á meterlos por los ojos en los cafés, en las plazas y en los paseos públicos.

—Añadid que ciertas damiselas de color ceniciento y de ojos remellados van al jardín de *Azeglio*, á la puerta de San Galo y á las *Cascinas*, metiéndose entre las niñas que miran cómo saltan los niños por el prado, vaciando á derecha é izquierda la mercancía que conducen en un cesto; yo gustosamente haría recoger á los barrenaderos y arrojar en el Arno, vengando así la ignominia del nombre protestante.—

Mistress Needle añadió, maravillándose un poco:—No creía, después de la desgracia de ayer, hallaros esta mañana tan vivo y tan batallador.

—¿Qué decís? Yo me siento más vigoroso que nunca después de un golpe. Considero punto de honor alzar nuevamente la cabeza después de recibir una cabezada.

—Por eso, añadió la señora, aunque viejo y herido, continuais alegre y espiri-

tual. Mas, decidme por merced: ¿qué razón teneis para lanzaros tan fieramente contra estos pobres libritos?

—Tengo diez razones, respondió Smith con uno de aquellos ímpetus que le distinguían cuando á una disertación se lanzaba. Hay en ellos epidemia, veneno y muerte. Decídmelo á mí, que los conozco hace mucho tiempo, y ardo de vergüenza, que debían tener los expendedores. Quisiera que á lo menos evangelizase con un poco de gracia y con un poco de lealtad; aquí en Italia catequizan con fingimiento, con doblez, con falsedad, y á fuerza de boberías, por añadidura. Leed estos títulos: “La paz.—Un corazón agradecido.—La custodia del Crucifijo.—Receta para la felicidad.—Los dos soldados americanos.—El peaje satisfecho.—La terrible cadena.—Antes el infierno y ahora la bienaventuranza.—Debemos ser santos.—El hombre muerto.—Señales del Espíritu Santo.—Os conviene nacer de nuevo,” etc., etc. Tengo montones de suciedades como estas, que me regalan los ministros de varios colores, esperando que las distribuiré, y que acepto á fin de llevarlas á la letrina. Ahora bien: os aseguro que no hay página en estas porquerías que no apestee por sus máxi-

mas ruines; para digna corona de la obra, me dicen los italianos cultos que su estilo es propio de un limpiabotas.

Contorcíase la ferviente *pietista* oyendo criticar así la propagación del puro evangelio, mayormente recordando que había contribuido á sostener las sociedades fundadas á fin de difundir biblias. Sin embargo, apenas osó decir al viejo, demostrando una especie de duda:—Pues yo he oído hablar siempre bien de ellas.—Contestó Smith:—Acaso á los que nunca las leyeron; pero el que las haya hojeado un poco, debe aborrecer una manera tan vil de armar insidias contra la fe de los católicos romanos.

Aunque mistress Needle hallábase resuelta á no disputar con el pobre doliente, al oír estas palabras perdió los estribos, y dijo:—¡Pero vos no me hablais como un celoso protestante que sois!

—¿Cómo no? Me constituyo abogado en general del honor anglicano y protestante. Oíd, mistress Ana; yo permitiría sin dificultad toda clase de apostatado, con tal que fuese honesto; mas éste, sin duda, es deshonesto. Os puedo decir en pocas palabras el resumen de la mayor parte de nuestros trataditos de propaganda: en la

primera parte dícese que un tal Matea ó Mateo fué un gran ignorante, lleno de vicios, muerto para toda idea de honor y decoro; pero hace saber la segunda que un celoso amigo de la Biblia dió al hombre ruin una; asegura la tercera que apenas el Verbo de Dios hubo tocado las pupilas del apóstol, le iluminó y le cambió en un santo, cayendo desde aquel punto á torrentes la paz y la dicha sobre su cabeza. Cosas falsas todas. Enseña la experiencia que los millones de biblias que nosotros con millones de esterlinas hacemos distribuir en las cinco partes del mundo, no logran hacer un protestante honrado, sino únicamente congregarse en torno de nuestros ministros una cáfila de bribones que venden la propia fe por treinta dineros, prontos á revenderla mañana á mejor comprador. Frecuentemente con nuestras biblias sólo se consigue turbar la fe de los sencillos, llenarlos de soberbia, indisponerlos con sus pastores y alejarlos de sus propias iglesias, sin enseñarles nada sólido ni verdadero, que supla el vacío dejado, con lo cual se cumple á la letra el dicho del Salvador á los fariseos: “Vosotros andais girando por mar y tierra para convertir un gentil, y después de convertido le haceis con vues-

tro ejemplo y doctrina digno del infierno, dos veces mas que vosotros." He aquí el fruto de nuestras biblias, y de nuestros trataditos compuestos para fomentar la lectura de ellas.

La señora Needle quería pronunciar una palabra en defensa de las biblias y de los tratados; pero Smith, impaciente, continuó:—Otros malos libros hay que no hablan de biblia, pero que charlan de ascética, encontrándose en sus lucubraciones cosas dignas de centáuros, y no de hombres; pasajes del Evangelio citados importunamente; boberías capaces de hacer reír á los muertos; fritadas en tonto; emplastos de malvabisco y de adormideras, en los que no hay nada que tenga sabor, sino las calumnias virulentas, derramadas en grande contra el Papa, contra el clero católico y contra la confesión; después, por salsa del manjar, blasfemias contra la Eucaristía y obscenidades nefandas contra la Madre de Jesucristo. Por lo que hace á la moral. . . .

Entonces la Needle no se pudo contener: y dijo interrumpiéndole:—He leído algunos, y no he hallado nada de esto. Me figuro que nuestros pastores no sufrirán á propagandistas de tales libelos...—

Smith, olvidando un momento las biblias

y los libritos, habló contra los expendedores:—¡He aquí lo que sucede á los protestantes de conciencia! Imaginai que los ministros evangélicos de Italia son de la misma estofa que los de nuestra patria, en la cual vos y yo conocemos bastantes probos, bien educados y cultos. ¡Qué error! Aquí sólo hay algunos valdenses que hayan nacido protestantes; todos los demás, ministros y expendedores ó expendedoras de biblias, constituyen una raza de apóstoles que deshonra no poco el apostolado. Basta, no me hagais hablar; conozco algunos, escapados de los presidios de su país, llenos de deudas y de vicios, é infamados en sus pueblos respectivos, así como mujeres llenas de manchas. He aquí la gente que se ocupa en Italia en las biblias y en los tratados. Vinieron por desesperación á ponerse á sueldo de los predicantes, que los pulieron, los adornaron y los cubrieron con nuestras libras esterlinas, á fin de que sirvieran de trujamanes para la repartición de los libros. Estos entregan toda la piel para la devoción, y la frente para la desvergüenza; aprenden cuatro textos bíblicos, con los cuales lardean á todo pastos sus paparruchas, y creen haber compuesto el mundo cuando han vaciado una ba-

nasta de biblias en una parroquia. Si luego son de lengua muy suelta, bribones, diestros y activos, una hermosa mañana nuestros señores los engañan y hacen ser ministros predicantes; hállanse por las villas de los alrededores ministros de éstos, que hicieron sus estudios detrás del arado, artesanos vagabundos, mercaderes quebrados y cosa peor. No hay en el mundo raza tan presuntuosa; creen en el Evangelio según sus cálculos, y lo glosan á sus prosélitos con la seguridad de catedráticos ó desparpajo de saltimbanquis. Los he visto yo con mis ojos y los he oído con mis orejas; he visto uno que era zapatero y que estaba todos los días en su taburete con las manos sucias por la pez, con una Biblia entre las suelas viejas y las nuevas; peroraba con los compradores, y al llegar los puntos difíciles, acudía su mujer en su auxilio; ¡figuraos qué sandeces teológicas inventarían aquel par de doctores! Otro he conocido, á quien los nuestros enaltecieron con el nombre de obispo, que su párroco no lo hubiera querido para que arrojase á los perros de la iglesia. En su virtud, decía un sacerdote católico, predicando á los campesinos: "Guardaos de los que van á vuestro alrededor cuando seguís detrás del bo-

rrico, porque ciertos bobalicones que dan vueltas por el país, entre un *arre* y otro, os pueden plantar una mitra en la cabeza, volviendo á vuestra casa obispos protestantes. Son cosas que suceden." El pueblo se reía y exclamaba por lo bajo: "¡Es fulano de tal! ¡Es zutano!" De las mujeres nada quiero decir; hay expendedoras de biblias y de libritos, que nosotros pagamos con buenas esterlinas, y que no las quisiérais ni para lavanderas. Es preciso permanecer un poco en Italia si se quieren juzgar bien estas cosas. Decidme, pues, mi buena señora: ¿seré yo excelente protestante cuando condeno tales abusos.?

—No quiero excusarlos, respondió la honesta mujer; mas no puedo proscribir en globo á los expendedores leales de buenos libros porque algunos sean malos. Ni aun los folletos que se difunden me parecen merecedores de censura: los que han llevado á John, que se parecen mucho á los vuestros, hablan, por regla general, de los frutos de la fe en Jesucristo...

—Son los peores de todos, y llueven ahora sobre toda la Italia, pero muy especialmente en Roma, en Nápoles y en Florencia. Son hechuras de las iglesias evangélicas

del país, que se han empeñado en hacer popular la doctrina de los Anomeos.

—¿Cuál es?

—Se han empeñado en explicar y difundir aquel precepto santo de Lutero: "Peca mucho, pero cree muchísimo, y te salvarás."

XXXIII

CREE Y PECA.

Al oír la piadosa protestante que los libritos evangélicos eran apología del pecado, dió un salto de horror, como si oyese una negra calumnia, y dijo:—¡Es imposible!

—¿Es imposible? (respondió Smith, tocando los libros que tenía delante) ¿Es imposible? Hélos examinado todos, uno después de otro. Sólo enseñan á salvarse por medio de la fe: dicen que la fe purifica del pecado, que nos hace amigos de Dios, que nos trae la paz, y que nos asegura el paraíso.

—Esto lo afirmo también yo, repuso animosa la Needle: es el artículo xii de nuestra profesión anglicana.